

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

EL NOTARIO
HONORATO de BALZAC

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal



Honoré de Balzac
DER NOTAR
Bundesnotarkammer Köln

La producción literaria de Honorato de Balzac no deja de fascinar. Pocos escritores como él han acordado tanta trascendencia a las aparentes intrascendencias de la vida, que son en definitiva las que han acordado trascendencia universal a su obra.

"El cura de la aldea", "El coronel Chabert", "El cura de Tours", "La solterona", "Una casa de soltero", "La quiebra de César Birateau", "El médico del pueblo", "El Notario", desarrollan temas en torno a arquetipos de individualidades que plasmarán en la vasta estructura de su obra: "La Comedia Humana".

El notario descrito por Balzac en la esencia de su "metier", en lo más recóndito de su medio ambiente, en la propia argamasa que plasmo su profesionalismo, en sus relaciones con sus clientes, en su encastre dentro de la sociedad, es algo que no dejará de sorprender al notario lector.

Precisamente por el hecho que la nuestra es una profesión con prestigio, con personalidad y con solvencia, todo aquello que parezca hacernos mella deberá ser interpretado como el sarcasmo o el cinismo literario llevado a una superlativa expresión a efectos de resaltar más nítidamente los perfiles propios de uno de los tantos arquetipos sociales seleccionados por Balzac.

La Cámara Federal de Notarios de Alemania, Colonia, al divulgar esta "joya

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

literaria" a través de una publicación lanzada en Berlín en el año 1981 - con motivo de la Vigésimoprimera Jornada Notarial -, permitió trascendiera este artículo de originaria difusión periodística, que quizás se hubiera perdido y no hubiese sido jamás recuperada.

La publicación de la Cámara Federal de Notarios de Alemania, Colonia, contiene una nota del Dr. Herman Reuter, notario de Dettelbach, Alemania, quien tradujo el texto francés al alemán, nota que por ser muy ilustrativa transcribimos (1)(1550).

La traducción que se ofrece del alemán al castellano se debe al doctor Conrad Spitta, y a través de ella valoraremos una vez más cómo Honorato de Balzac fue un elocuente historiador del notariado.

El Director

Su mirada cae sobre un señor pequeño y gordo, que tiene aspecto saludable y lleva un traje negro, que impresiona seguro de sí mismo, casi siempre tieso y pedante y a quien ante todo rodea un halo de importancia. Su cara mojigata e ingenua se encuentra petrificada en una mueca - en sus inicios fingida - y permanece rígida como la de un diplomático, pero carece de su sutileza, y usted verá por qué. Especialmente admirará un cráneo color manteca que permite deducir noches de trabajo, disgustos, conflictos de sentimientos, tormentas juveniles y la extinción de toda pasión. Usted dice: "Por el aspecto, este señor podría ser notario". Es raro un notario alto y espigado. Considerada psicológicamente la profesión de notario, no se lleva para nada con determinados temperamentos. No sin razón dijo Sterne, el gran y agudo observador: "El pequeño notario". Un carácter irritable y nervioso, apenas aceptable para un abogado, sería desastroso para un notario. Se necesita una excesiva paciencia, no todos pueden fingir, pueden aguantar las interminables infidencias de los clientes que consideran que el notario está sólo para ellos. Los clientes del abogado son arrojados, arriesgan una disputa, se preparan para la defensa. El abogado es su asistente ante la corte; pero el notario es el paragolpe para mil distintos intereses que se presentan en todas las formas sociales. ¡ Ay!, al notario le ocurre igual que a las dos cosas posiblemente más dúctiles del mundo, la mujer y la hoja de papel no escrita: ofrece tremenda resistencia, pero con ello se desgasta.

Mientras usted contempla su cara inexpresiva, escucha colosales oraciones mecánicamente recitadas y - digámoslo tranquilamente - unos cuantos lugares comunes. El artista retrocede con horror. Ahora está seguro: "este hombre es un notario". No existe salvación para el hombre que dio impulso a estas caprichosas suposiciones, ya que el notario creó el "air" de notario, una expresión convertida en proverbial. Pues bien, este hombre es una víctima. Este hombre gordito y - fofo fue una vez pícaro y égil, tal vez ingenioso, hasta enamorado. Misterio incomprendido, verdadero mártir, pero mártir, ¡pero mártir por propia voluntad! Ser enigmático, mereces nuestra compasión, ya sea que ames tu profesión o la aborrezcas; yo te interpretaré, te lo debo. Hombre de bien, bribón, eres tanto enigmática esfinge como sagaz Edipo. Tú eres incomprendible para muchos, pero no eres insondable. Quien te sondea quizás descubre secretos que - según

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Brid'oison - mejor permanecen guardados para sí.

El notario brinda el extraño espectáculo de las tres etapas de desarrollo de un insecto, pero en forma invertida: comienza como mariposa multicolor y finaliza como larva en el capullo, para colmo y desgraciadamente con capacidad de memoria. Esta horrible mutación del alegre, jocundo, astuto, vivo, ingenioso y burlón escribiente, a notario, lo realiza la sociedad lentamente; pero el notario se convierte, quiera o no, en lo que la sociedad hace de él. Así es, tan sin rostro como los notarios parece la masa: ¿no son los notarios para todo ser humano mediocres honorables que deben al año 1830 su encumbramiento? Lo que escuchan y ven, lo que piensan, lo que amén de sus honorarios deben guardar las comedias y tragedias que sólo se representan para ellos, todo debería convertirlos en pensativos, burlones y desconfiados; pero sólo ellos no pueden reírse, mofarse ni ser ingeniosos: un notario ingenioso asustaría a los clientes. Mudo cuando habla, terrible cuando calla, así el notario debe frenar sus pensamientos e ideas, como se esconde una enfermedad venérea. Un notario que se brinda agudo, inteligente y original, un notario que no aparente solidez como una solterona, ampulosidad como un viejo jefe de despacho perdería su clientela. El cliente domina su vida. El notario lleva permanentemente una máscara, que apenas se quita en sus diversiones caseras; siempre debe interpretar un rol, debe parecer asentado para sus clientes, sus escribientes y con buena razón también frente a su mujer; debe ignorar lo que ha comprendido muy bien y comprender lo que no se le desea explicar con demasiada exactitud. ¡Es comadrona de corazones! Cuando ha dado a luz demonios que ni siquiera el gran Geoffroy Saint Hilaire podría mostrar en retortas de vidrio, debe gritar: "No, mi señor, esto no lo hará, no es digno de usted. Está desconociendo sus posibilidades legales (expresión elegante para: usted es un estafador), usted está malinterpretando el verdadero sentido de la ley, eso puede ocurrirle al hombre más honrado, pero mi señor..., etc." O: "No, mi digna señora, aun cuando comprenda el natural, hasta cierto punto honroso anhelo de su corazón, no puedo permitirle tomar esa decisión, siempre debe verse en usted la honorable mujer, aún después de su muerte".

Cuando el notario ha enumerado hasta el cansancio todo lo que es debido y lo que no, cuando el cliente o la clienta comienza a flaquear, agrega: ¡no, esto no lo hace, además para esto le niego mis servicios!" Esto es lo máximo que puede pasar por los labios de un escribano.

Los notarlos son como oficiales: ¿acaso su vida no puede compararse a una larga lucha? Obligados por la necesidad, esconden detrás de su grave apariencia externa sus curiosas ideas - que las tienen -, su escepticismo - sospechan engaño en todos lados - y su complacencia - ¡de la que los clientes abusarían! -. Deben fingir tristeza con herederos, que a menudo estallarían en carcajadas de estar solos. Deben consolar a viudas que no caben en sí de alegría; deben conversar con niñas de risita tonta sobre muerte e hijos; deben constantemente exponer a gente de toda edad y estado las mismas oraciones y reflexiones; deben ver todo sin mirar, mirar sin ver, deben fingir enojo, reír sin razón, dar razones sin reír, preparar un

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

sermón como un cocinero la salsa; los notarios son indiferentes así como un artillero es sordo. Existen más tontos que gente con espíritu, caso contrario el tonto sería la excepción, y el notario, que debe descender al nivel de su cliente, se encuentra permanentemente muy por debajo de su propio nivel: todos conocen la fuerza de la costumbre; este rol se convierte en la segunda naturaleza. Los notarios materializan su espíritu sin espiritualizar su cuerpo. El público no los conoce de otra forma y así se convierten en aburridores porque se los aburre. Echados a perder por los permanentes lugares comunes que usan en sus despachos, también utilizan los mismos en otros lados. No se interesan por nada porque deben demostrar interés por todo; totalmente embotados porque sólo cosechan ingratitud por todos sus esfuerzos, se convierten finalmente en un ser lleno de contradicciones, insertos en una capa de grasa y bienestar. Este pequeño hombre es flexible y pedante, charlatán y preciso a veces, escéptico y crédulo, pesimista y optimista, bondadoso y desalmado, perverso o pervertido, en todo caso debe simular; tiene algo de sacerdote, de juez, de funcionario público, de abogado; un análisis exacto de su persona sería un desafío para La Bruyère, si estuviera viviendo. Sí, el hombre tiene grandeza, pero lo que eleva al notario es lo mismo que lo denigra: testigo de tanta infamia, como director, no como espectador del teatro de intereses, debe permanecer probo; el ve cómo se abre el Mar Muerto tragándose las riquezas y no puede pescar en él; el notario protocoliza una sociedad de responsabilidad limitada y no puede ser su gerente, como un comerciante en trampas a quien no le interesa la presa ni el cazador. ¡Qué actuación con distintos roles, qué esfuerzo hay detrás de ello! Ningún eje fue forjado más prolijamente y mejor controlado. Sus mutaciones requieren nuestra admiración; ¿no cree usted que la naturaleza que emplea tanto tiempo y esfuerzo para la formación de una concha magnífica es superada por la civilización con ese producto de caparazón duro denominado notario?

Todo notario ha sido dos veces escribiente, se ha ejercitado durante más o menos tiempo en derecho procesal: ¿acaso para evitar procesos no se los debe conocer en sus orígenes? Después de dos años de trabajar como escribiente de un abogado, aquellos que han mantenido sus ilusiones sobre la naturaleza humana no se convierten en jueces, notarios ni abogados: se convierten en accionistas.

Del estudio del abogado el escribiente cambia a la escribanía. Después de haber observado cómo se dejan de lado los contratos, ahora estudia cómo se los redacta. En otros casos, el futuro notario ha iniciado su carrera profesional desde el comienzo; se ha conchabado como aprendiz de escribiente así como se conchaba el soldado para llegar a general: más de un notario parisino se inició como mensajero. Después de cinco años de aprendizaje en una o más escribanías es difícil ser un joven probo: se han visto los aceitados engranajes de todas las fortunas y se han vivido las espantosas disputas de los herederos al lado del cadáver aún tibio. Por último se han visto los conflictos entre el corazón humano y la ley. Los clientes de un notario ejercen una influencia extremadamente perniciosa sobre el escribiente. Allí el hijo se queja del padre; la hija, de los padres.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Una notaría es un confesionario donde hombres egoístas explayan sus aviesas intenciones y al debatir sus escrúpulos buscan medios y caminos para convertirlas en realidades. ¿Existe en el mundo algo más disolvente que el inventario de sucesiones? Una madre fallece en medio del respeto y cariño de su familia. Cierra los ojos, el telón cae sobre la comedia, y el notario y su escribiente encuentran las pruebas de una espantosa vida íntima - y las queman -; después escuchan las alabanzas más conmovedoras sobre el santo ser, enterrado hace poco días; deben dejar a esa familia sus ilusiones, guardar silencio en sublime simulación; pero, ¡qué risa, qué muecas, qué miradas intercambian jefe y escribiente al salir! Ellos saben que el poderoso político que engañó a toda Europa ha sido engañado como un chico por una mujer. Su confianza fue tan ridícula como la confianza del enfermo imaginario a Béline. Ellos buscan para cumplir su función unos papeles en un hombre considerado virtuoso y benefactor, en cuyo entierro se quemó el incienso de las alabanzas y se dispararon las más honrosas salvas de duelo, pero este juez, este honorable anciano fue un libertino. El escribiente se lleva una biblioteca atroz que es repartida en la escribanía.

Existe la costumbre, reflejada en un ancestral juego de palabras, que los escribientes se llevan todo lo que pudiera lesionar la moral pública o religiosa y que podría deshonorar al fallecido. Estas cosas vergonzantes se juntan bajo el signo G. Como todo el mundo sabe, los notarios identifican los papeles, instrumentos públicos y valores con las letras del alfabeto. Con la letra G (me pertenece) se marca todo lo que los escribientes guardan para sí. "¿Hay algo bajo G?", pregunta toda la escribanía, cuando el primer escribiente regresa de un inventario sucesorio.

Terminada la repartija, el diablo inspira los comentarios entre el tercer escribiente, que come una pera, el segundo escribiente, quien merienda un queso, y el jefe de escribientes, que está tomando una taza de chocolate. Acaso cree usted que siete u ocho jóvenes, en la plenitud de sus años y de su ingenio, frustrados por el más aburrido de los trabajos, e inclinados sobre su pupitre en la copia de documentos y el control de liquidaciones, intercambian máximas de Fénelon y Masillon, justo cuando el jefe los ha dejado solos y están haciendo una pequeña pausa? Embretados en las polvorientas cajas de los protocolos, el espíritu francés se abre paso repentinamente y entra en la zona de la broma vulgar. El lenguaje de un Rabelais se impone al de un Florian. Ahí se adivinan las intenciones de los clientes, se comentan sus estafas y se hacen burlas sobre ellos. Si los escribientes no se mofaran de los clientes, serían monstruos, serían notarios antes de tiempo. Este incipiente pensar durante la dura vida profesional llena de cálculos y frivolidades es bruscamente interrumpido por el grito del jefe: "Al trabajo, señores, aquí aparentemente se está haraganeando".

De seguro, esto es correcto. El escribiente habla mucho, piensa todo y permanece inocente como un cordero por falta de dinero. Los notarios sienten mucho placer en presentar al principiante usos extravagantes y visiones fantasiosas como verdaderos. Si el escribiente los cree, la broma se ha logrado y todos se ríen.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Estas divertidas representaciones se llevan a cabo ante un muchachito de diez a doce años, esperanza de su familia; ¡es rubio o morocho, con una mirada despierta, el pequeño escribiente! Este emperador de los pibes callejeros de París toca la flauta pícola en la orquesta en la que suenan los deseos y las intenciones, pero nada se hace. Profundas palabras salen de esa boca perlada, de esos labios rosados que tan pronto marchitarán. El aprendiz de escribiente compite con los escribientes en palabrotas, sin entender el sentido de ellas.

Una escena gráfica sobre el aprendiz de escribiente: Todas las mañanas los aprendices se reúnen en la oficina en la que se legalizan las firmas notariales, agitados como doradillos en pecera y ponen fuera de sí al viejo y afligido señor encargado del servicio. Ni siquiera su reja lo protege de estos jóvenes tigres. Este empleado (casi pierde la razón) necesitaría uno o dos policías en su oficina. Ya se ha evaluado esa posibilidad. El prefecto de policía tuvo miedo por sus sargentos. Lo que estos aprendices de escribiente dicen, haría poner los pelos de punta a un carcelero, y lo que hacen entristecería al mismo diablo. Se burlan de todo, saben todo y dicen todo, porque aún no pueden hacer nada. Han establecido entre ellos un perfecto sistema telegráfico que transmite al instante todas las novedades de la escribanía a las distintas notarías. Si la mujer de un escribano se puso una media al revés, si ha tosido mucho durante la noche, si ha tenido una rencilla con su esposo, hechos grandes, pequeños, diarios, todo lo saben los cien aprendices de escribiente de los notarios parisinos, y para más mantienen contacto en el palacio de justicia con los cien aprendices de escribiente de los abogados. Hasta el grado de servicio de tercer escribiente, los jóvenes que se deciden por el notariado se asemejan a la imagen que comúnmente se hace de los jóvenes. Un tercer escribiente ya tiene veinte años de edad. Comienza a palidecer con contratos de compraventa, estudia liquidaciones, se quema los sesos estudiando derecho si es que no lo ha aprendido con un abogado; entrega las sumas más fuertes en la oficina de impuestos, gente importante suscribe ante él los contratos nupciales, reconoce en la discreción y honestidad los principios de su profesión. El joven ya se acostumbra a no decir todo, pierde la graciosa espontaneidad del movimiento y del habla que a todos los que la mantienen les trae la reprimenda: "Usted es como un niño", ya sea artista, científico o escritor. Si un tercer escribiente es indiscreto o desleal, implica para él que debe renunciar al notariado. Extraño, las dos virtudes más sobresalientes de la profesión caracterizan la atmósfera del notariado. Pocos escribientes han recibido en este sentido siquiera dos amonestaciones. Comúnmente con la segunda amonestación serían despedidos y declarados ineptos para la profesión. Con el segundo escribiente comienza la responsabilidad. Como cajero de la notaría lleva el arancel, se le confían el sello, la rúbrica, el oportuno depósito de los aportes a la oficina de impuestos y el control de las escrituras. El tercer escribiente ya ríe menos que los demás; pero el segundo escribiente ya no ríe nunca: deposita más o menos gracia en sus cálculos arancelarios, es más o menos malicioso; pero ya siente sobre sus hombros la toga. Pese a ello

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

existe algún segundo escribiente que se une a los demás, participa de alguna excursión al campo y se anima a entrar en la taberna. Pero eso si no tiene aún veinticinco años. En esa edad todo segundo escribiente piensa en hacerse cargo de algún registro provincial, porque le asusta el precio de un notariado parisino, porque está harto de la vida en París, porque se conforma con suerte modesta, porque él, como suele decirse, desea ser su propio señor y quiere casarse. Los ambiciosos de la hermandad de los escribientes tienen una especial diversión, la llamada "sesión". El sentido de la sesión consiste en encontrarse en algún local para discutir allí complejos problemas jurídicos. Estas reuniones terminan siempre con almuerzos dominicales, solventados con el resultado de multas impuestas. Se habla mucho, todos se retiran con su opinión prefijada, a igual que en la Cámara del tribunal, pero allí por lo menos se vota.

Aquí termina la primera metamorfosis. El joven se ha formado lentamente, ha tenido poca distracción; los escribientes provienen todos de familias más o menos laboriosas, donde desde la juventud se ha insistido en: "tienes que llegar a ser algo". Han trabajado de la mañana a la noche sin abandonar la escribanía. Los escribientes no pueden entregarse a una pasión, sus pasiones se descargan en la calle, deben terminar tan rápido como comenzaron y todo escribiente ambicioso se cuida muy bien de perder el tiempo con aventuras románticas; él ha enterrado sus fantásticas ideas en sus inventarios de sucesiones, él ha dibujado sus ansias en bizarras figuras en su secante; él no sabe nada de galantería, por su honor tiene la preocupación de llevar la expresión indefinida que tiene algo de la jovialidad del comerciante pero también de la hosquedad del militar; comerciantes tienen esa expresión frecuentemente para ponerse en escena o para erigir con su comportamiento caballos de Frisia entre ellos y los requerimientos de los clientes y amigos.

Finalmente todos estos alegres, frívolos, ingeniosos, sagaces, mordaces, clarividentes escribientes se convierten en primeros escribientes ya medio notarios. Lo más importante para el primer escribiente es dar la impresión de que el jefe sin él sólo cometería graves errores. Tiraniza a veces a su jefe, entra en su cuarto de trabajo para conversar algo con él y sale disconforme. Existen muchas actuaciones sobre las que tiene un poder de disposición absoluto, pero también existen ciertos negocios que sólo el jefe puede encaminar y concluir; generalmente tiene acceso a todos los asuntos más importantes y confidenciales. En muchas notarías el primer escribiente está sentado en la oficina delante de la del jefe, lo que acrecienta su prestigio. Los primeros escribientes firman "por autorización" y se denominan recíprocamente "distinguido maestro"; se conocen entre ellos, se reúnen y se sientan a la mesa sin la presencia de otros escribientes. Llega el día en que el escribiente es dominado por el pensamiento de actuar: comienza a merodear por donde espera la posibilidad de una dote. Ahora vive moderado, come por dos francos si es que no reciba la comida del jefe; se presenta maduro y pensativo. Algunos adoptan maneras atentas y usan anteojos para impresionar: entran y salen de muchas casas; con gente de dinero intercalan oraciones como: "Por el cuñado de su yerno me

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

he enterado que su señora hija ya se ha recuperado de su indisposición". Al jefe de escribientes le resultan tan familiares las relaciones parentescas de la sociedad burguesa como al embajador francés en un pequeña corte alemana las de todos los principitos. Este tipo de primeros escribientes se declaran partidarios de principios conservadores y se presentan con una tremenda pretensión moral, se cuidan mucho de dejarse ver en público jugando a las cartas - el boullotte - pero se desquitan en sus reuniones de jefes de escribientes que degeneran en orgías más desenfrenadas que las usuales de los dandy; su origen les impide cometer una tontería sentimental: un primer escribiente enamorado es más que monstruoso, está incapacitado para el trabajo. Desde hace aproximadamente doce años, sobre cien primeros escribientes existen treinta que desean llegar a ser algo; abandonan el notariado, se convierten en socios de firmas industriales, directores de seguros, comerciantes, buscan un puesto que no necesitan adquirir por compra y pueden mantener así su cara humana; permanecen más o menos así como los ha criado la naturaleza. Después de siete u ocho años de formación - en el ínterin tiene entre treinta y dos y treinta y seis años -, el jefe de escribientes está visiblemente perturbado por algunos días. Recibe un golpe repentino. Pero en ningún lugar, ni en a iglesia o en la milicia, en la corte, ni siquiera en el teatro se produce una transformación como en este hombre, en un instante a otro, durante la noche. Tan pronto se lo designa notario adopta esa expresión pétreo de la cara que lo convierte más en notario que su toga. Es altamente solemne, altamente serio frente a sus amigos, los primeros escribientes, que inmediatamente no son más sus amigos. No tiene nada del hombre que aún era la víspera; la tercera metamorfosis ha concluido. Es escribano.

Golpeados por la discordancia de su profesión en medio de una ciudad rebotante de placeres que se echa al cuello de cualquiera y que levanta en forma tan seductora la pollera en la ópera, desesperados en su corsé moral como champaña en hielo, frío y burbujeante, oprimidos y vivaces, los notarios fundaron durante el imperio - así se comenta en escribanías - una sociedad de notarios ricos que para el oficio realizaba la misma función que una válvula en una máquina de vapor. Secretas eran las reuniones, secreto el programa, su gran socio era la diversión, Pafos, Citería e incluso Lesbos eran socios del tribunal honorario; dinero; el nervus rerum de esta sociedad secreta y divertida, existía en exceso. ¡Las cosas que se contaban! Se comía una cantidad de chicos, se desayunaba niñitas pequeñas, a la noche se cenaban madres, a la madrugada, después de salvajes partidas de naipes no se podía reconocer ni la edad, sexo o color de las abuela. Heliogábalo y el emperador eran sólo pequeños escribientes comparados con estos grandes y gordos notarios, el más tímido de los cuales a la mañana siguiente aparentaba indiferencia y aplomo como si su orgía sólo hubiera sido un sueño. Gracias a esta institución donde el notario podía descargar sus licenciosos pensamientos existían en aquel tiempo menos quiebras en el notariado parisino que en tiempos de la restauración. Quizás la historia haya sido inventada. Hoy los notarios parisinos ya no son tan unidos entre sí como antaño, se conocen menos, su solidaridad se ha

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

desmembrado por cambios de funciones demasiado frecuentes. Cuando antes un notario actuaba aproximadamente treinta años, hoy la duración promedio en sus funciones es al máximo diez años. Un notario sólo piensa en su retiro, no es más el juez de los intereses, el consejero de familias, se ha convertido en demasiado especulador.

El notario tiene dos posibilidades: esperar los negocios o buscarlos. El notario que espera es casado y solemne; paciente, escucha e intenta brindar explicaciones a los clientes. Debe observar cómo su escribanía va decayendo. Este notario tiene tres formas de saludar: se agacha en profunda reverencia ante el noble hacendado; inclina la cabeza para saludar un cliente rico; saluda con un cabeceo corto al cliente con relaciones patrimoniales desordenadas; a los proletarios les abre la puerta sin saludar. El notario que busca los negocios aún es accesible para el matrimonio, es flaco, concurre a bailes y fiestas, sigue a todo el mundo, se brinda campechano, adula a todos, traslada su notaría a barrios nuevos y no hace diferencia en el saludo; saludaría hasta la columna de la Place Vendôme. Por los comentarios despectivos sobre él, se venga con sus éxitos. El tipo del viejo, afable y simultáneamente brusco notario casi ha desaparecido. El notario, alcalde de su distrito, presidente de su cámara, caballero de alguna orden, que era honrado por todo el notariado, cuyo retrato decoraba todas las oficinas notariales, que finalmente respiró el aire parlamentario de los consejos de la revolución, es el fénix de su especie, no se lo encontrará más.

El notario podría consolarse de su profesión en la vida matrimonial, pero para él el matrimonio es un yugo más pesado que para otros hombres. En este punto le ocurre como a los reyes, pues en su casamiento valen más las consideraciones sociales que sus deseos. También su suegro ve en él menos al hombre que a la función. Una heredera sabihonda, una hija nacida en cualquier riqueza, fundada en mostaza, píldoras, cera de piso o encendedores, él se casa con todo, hasta con una mujer sin falta ni defecto. Si existe algo más excéntrico que el gremio de notarios, entonces son posiblemente sus esposas. Por eso las esposas de los notarios se juzgan muy severas entre sí. Por buenas razones temen estar de a dos. Se evitan recíprocamente y no se conocen entre ellas. No importa la casa de la que ha salido la esposa del notario, desea llegar a ser una gran dama, que se entrega al lujo: algunas tienen coche y van a la Opera Comique. Cuando se muestran en el Théâtre des Italiens, causan tal sensación que toda la sociedad se pregunta: "¿Quién es esa dama?" Generalmente son triviales, raras veces apasionadas, saben que han sido casadas por su dinero, pueden estar seguras que gracias a la actividad de sus esposos pueden gozar de una vida exquisita y contemplativa y así se construyen una existencia propia y envidiable; por ello casi todas engordan tanto que un turco estaría encantado. Empero no es imposible encontrar entre las esposas de los notarios mujeres atractivas. En París la casualidad se supera a sí misma. Los genios tienen aquí caldo de cultivo. No está presente demasiada gente chata, y el observador, que encuentra una mujer sin falta ni defecto, escucha posiblemente que es esposa de un notario. Hoy

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

en día en casi todas las notarías parisinas se ha producido una separación total entre esposa de notario y escribanía. Muchas esposas de notarios se enorgullecen de no conocer los nombres de los escribientes y de no conocerlos personalmente. Antes comían patriarcalmente escribiente y notario, esposa e hijos todos juntos. Hoy se han perdido estas viejas costumbres en la catarata de las ideas revolucionarias. Hoy, en muchas notarías el primer escribiente es el único que vive en la casa y habita en ella como le place; el notario prefiere esta solución.

Cuando un notario no tiene la pétrea y redonda cara conocida por usted, cuando no brinda a la sociedad la seguridad de su mediocridad, cuando no es el engranaje de acero pulido que debe ser, cuando en el corazón sigue siendo en alguna forma artista, hombre singular, fogoso amante, está perdido: tarde o temprano toma la pendiente, hace quiebra y sube a la diligencia a Bélgica, la carroza fúnebre del notario. Se lleva las condolencias de algunos amigos y el dinero de sus clientes y deja una esposa libre.